







DELITO DE SILENCIO





Quedan rigurosamente prohibidas y estarán sometidas a las sanciones establecidas por ley: la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, incluidos los medios reprográficos o informáticos, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin la autorización expresa de Editorial Comanegra. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera edición: marzo de 2011

© Federico Mayor Zaragoza
© 2011 Editorial Comanegra
C/Trafalgar, 6, 3º D.34, 08010 Barcelona
www.comanegra.com
Maquetación: aQuatinta
ISBN: 978-84-15097-15-0
Depósito legal:
Impreso en: Impremta Aubert





Federico Mayor Zaragoza

**DELITO
DE
SILENCIO**

Ha llegado el momento. Es tiempo de acción.

c comanegra







INTRODUCCIÓN

*«La voz que pudo ser remedio...
y, por miedo, no fue nada».*

Saber, prever, prevenir. Actuar siempre de tal modo que configuremos un futuro, que inventemos un mañana acorde con la igual dignidad de todos los seres humanos. Este compromiso con las generaciones venideras exige hondas transformaciones, cambios radicales, pero también conservar los valores esenciales que deben orientar nuestros rumbos y ser punto de referencia para responder a los grandes desafíos a los que nos enfrentamos.

Así, a contraviento, cavar nuevos surcos y plantar semillas, aun en tiempo desapacible y entorno inhóspito. Durante siglos ha prevalecido, en escenarios de poder estrictamente masculinos, la cultura de la imposición, de la violencia, del dominio. Y la gente, vasallos obedientes, acallados, atemorizados.

Ha llegado, por fin, el momento de los pueblos, de las mujeres y hombres del mundo entero que toman en sus manos las riendas de su destino. Ha llegado el momento de no admitir lo inadmisibile. De alzarse. De elevar la voz y tender la mano.

La moderna tecnología de la información permite hoy la participación no presencial. Y, por tanto, facilita la transición de una economía de especulación y guerra a una





economía de desarrollo global sostenible. De súbditos a ciudadanos. De la fuerza a la palabra.

Ha llegado el momento. Es tiempo de acción. De no ser espectador impasible.

El tiempo del silencio ha concluido.

De ahora en adelante, delito de silencio.





¡BASTA!

Ha llegado el momento de plantarse, de decir con serenidad y firmeza que la Humanidad no puede seguir padeciendo los inacabables estertores de un sistema que ha desembocado en la gravísima y múltiple crisis actual (social, financiera, alimentaria, medioambiental, política, democrática, ética...).

Ha llegado el momento de la movilización ciudadana frente al «gran dominio» (económico, energético, militar, mediático), de tal modo que se inicie sin demora la gran transición desde una economía de especulación y guerra (4.000 millones de dólares al día en armas y gastos militares al tiempo —no me cansaré de insistir en ello— que mueren de hambre más de 70.000 personas) a una economía de desarrollo global sostenible que reduzca rápidamente los enormes desgarros, las asimetrías sociales y el deterioro progresivo (que puede alcanzar límites irreversibles) del entorno ecológico.

Ha llegado el momento de impedir y sancionar el acoso que el «mercado», a través de conspicuas agencias de «calificación», ejerce sobre los políticos, «rescatadores» empobrecidos que deben aplicarse, a riesgo de hundimiento financiero, en recortar sus presupuestos. Los que preconizaban «menos Estado y más mercado», asegurando que éste se autorregularía y que se eliminarían los paraísos fiscales, deben rectificar públicamente y corregir los graves desperfectos ocasionados.





Ha llegado el momento de sustituir los grupos «plutocráticos» que iniciaron el Presidente Reagan y la Primer Ministro Thatcher, y que han demostrado su total inoperancia, por unas Naciones Unidas fuertes y dotadas de los recursos personales, técnicos y financieros que les permitan cumplir su alta misión de seguridad internacional; de garante de los principios democráticos; de libertad de expresión y de acceso a una información veraz; de acción coordinada para reducir el impacto de catástrofes naturales o provocadas; de atención medioambiental; de pautas de desarrollo social y económico oportunamente aplicadas...

Ha llegado el momento de convertirnos de súbditos en ciudadanos plenos; de silenciosos en participativos; de espectadores en actores... ahora que las posibilidades de participación no presencial que ofrecen las modernas tecnologías de la comunicación lo permiten.

Ha llegado el momento, sobre todo, de desentumecer, a través del ciberespacio, nuestros cuerpos amilanados; de despertar en un nuevo día en que las riendas de nuestro destino común ya no estén en las mismas seculares manos.

La comunidad académica, científica, artística, intelectual en suma, debe liderar este proceso que permitirá en menos de diez años llevar a cabo el «nuevo comienzo» que la Carta de la Tierra preconiza.

Ha llegado el momento de plantarse, de alzarse —como nos pidió José Ángel Valente en su verso—, de no cejar.

Ha llegado el momento.





RELEYENDO LA DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

I. Poder ciudadano

Todos deberíamos leer y releer la Declaración Universal de los Derechos Humanos para sentirnos confortados, para llenar nuestro amanecer con el convencimiento de que vale la pena seguir luchando en favor de los grandes valores éticos que deben inspirar nuestro comportamiento cotidiano. Para que nos apercebamos de que «estamos dotados de razón» con el fin de remediar la tentación de la fuerza.

Todos («¡nos-otros!») solidarios con el prójimo para con-vivir y des-vivirnos por él «fraternalmente», como proclama al Artículo Primero.

Todos iguales en dignidad: sea cual sea el color de piel, el género, la creencia que profesemos, la ideología...

Todos —como indica la propia Declaración en su comienzo— estudiando y recordando la letra y el espíritu de los Derechos Humanos en los centros docentes en sus diversos grados y modalidades, en los medios de comunicación, en los parlamentos, en los consejos municipales, en todas las instancias de gobierno, en las ONGs, en los organismos internacionales... «sin distinción fundada en la condición política de los países o de los territorios».

Es apremiante esta «lectura activa» porque no se están rectificando los rumbos. No se está yendo decididamente de la plutocracia al multilateralismo. No se está acabando de una vez por todas con los paraísos fiscales, que hacen posible





los tráficos de toda índole (drogas, armas, ¡personas!...). No se está regulando la especulación ni la economía irresponsable. No se está contrarrestando la excesiva concentración del poder mediático. No se están iniciando los pasos conducentes a un nuevo modelo productivo de desarrollo global sostenible. Como antes de la crisis, lo único importante es negociar, vender... producir lo más barato posible mediante una deslocalización hacia el Este que no tiene en cuenta cómo viven los «productores» de estos países ni si se observan sus Derechos Humanos... Más de lo mismo... Y la sociedad todavía callada, silenciosa, mirando hacia otro lado.

Instituciones «públicas» como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, así como otras instituciones privadas de dudosa imparcialidad, están actuando de forma interesada en favor de los mismos que originaron la grave situación presente, cuando en realidad no supieron prever ni prevenir la crisis.

¿Y qué hacen las comunidades científica, académica, artística...? Siguen observando. En general, son espectadores distraídos que no reflexionan suficientemente sobre los grandes problemas ni actúan en consecuencia. No se perciben todavía del enorme poder ciudadano.

II. Miedo

Ha llegado el momento de reaccionar frente a quienes pretenden que el mundo sea, simplemente, un inmenso mercado, y los habitantes de la tierra tan sólo consumidores. Ha llegado el momento de aplicar el acervo del conocimiento disponible para encarar los desafíos de la naturaleza enfurecida.

Hay que sobreponerse a la apatía, al temor. Dice así el primer párrafo del Preámbulo de la Declaración Universal:

Considerando que la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la digni-





dad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana. Considerando [...] que se ha proclamado, como aspiración más elevada del hombre, el advenimiento de un mundo en el que los seres humanos, *liberados del miedo* y de la miseria, disfruten de la libertad de palabra y de la libertad de creencia.

Desde siempre, la existencia humana ha discurrido en espacios muy limitados, territorial y anímicamente, de tal modo que, con la excepción de grandes pensadores capaces de sobrevolar su confinamiento, las personas vivían temerosas de lejanos dioses iracundos e inmisericordes que les amenazaban con el fuego eterno; temerosas igualmente de señores más próximos a los que debían obedecer sin rechistar y ofrecerles, cuando así lo decidían aquéllos, sus vidas. Se ha hecho secularmente todo lo posible para que los ciudadanos no pudieran abandonar su condición de vasallos. Por parte de los países coloniales, la educación se ha limitado siempre —hasta la década de los años noventa del siglo pasado— a la alfabetización y formación básica, y los sistemas autoritarios han propiciado el adoctrinamiento, la dependencia, la pertenencia sin discrepancias. La ignorancia —no hay mayor ignorancia que la del hombre cercado y el «pensamiento secuestrado», en expresión de Susan George— conduce a la superstición, al pavor al castigo que uno se merecería no sólo por sus obras, sino por las omisiones, por la imaginación, por el recuerdo... Y así se genera el fanatismo, el dogmatismo, la obcecación, el acobardamiento.

III. Rebelión

Cuando por fin hay quienes logran ser «educados», es decir, «ser ellos mismos», ciudadanos participativos que manifiestan sus preferencias y opiniones; cuando se está a punto de no ser





solamente contado en los comicios electorales, sino a contar y ser tenido en cuenta, entonces se despliegan las inmensas alas del poder mediático que reduce a estas personas a ser espectadores impasibles, testigos indiferentes, sujetos que se activan y desactivan como con la famosa campana de Pavlov.

Hasta que un día, después de años y años de democracias frágiles y maniobreras, llega la posibilidad, con la moderna tecnología de la comunicación, de construir en el ciberespacio lo que hasta ahora se ha podido evitar en la «vida real». Hoy ya es posible modificar con la telefonía móvil, Internet, etc. la realidad tercamente acuñada, siempre imperturbable; movilizar a los millones de seres humanos que pueden, por fin, unir sus voces y anhelos; y *llevar a cabo la revuelta, pacífica pero firme*, que los guardianes de la inercia y de los privilegios, de las alacenas del pasado, no nos dejaban ni siquiera esbozar.

Y es que desconocían el párrafo siguiente al citado del Preámbulo de la Declaración Universal:

Considerando esencial que los Derechos Humanos sean protegidos por un régimen de Derecho, a fin de que el hombre no se vea *compelido al supremo recurso a la rebelión* contra la tiranía y la opresión.

Todo cuanto sojuzgue y reduzca a los seres humanos debe ser eliminado para evitar así la justa reacción popular de quienes tanto han padecido, tanto padecen.

IV. Libertad

Pero pasar de receptores inocuos a emisores activos era muy difícil y, con frecuencia, arriesgado. Aparte de las urnas —y no siempre—, las otras formas de expresión carecían de influencia y se hallaban a menudo trucadas. Pero, con la participación no presencial, el panorama de la emancipación ciudadana en relación al poder cambiará radicalmente en muy pocos años y se establecerá —por «Nosotros, los pue-





blos»— un sistema multilateral eficiente a escala mundial y unas democracias bien reguladas que expresen la voluntad del pueblo a escala local y regional.

De este modo, en menos tiempo del que muchos calculan, el siglo XXI será —¡ya era hora!— el siglo de la gente, el siglo de la fuerza de la razón y nunca más de la razón de la fuerza, el siglo del principio de la cultura de paz en lugar de la cultura de guerra, de la historia a la altura de las facultades que distinguen a todo ser humano único, terminando así la historia descrita por Fukuyama, que tanto ha empañado la dignidad de la Humanidad desde el origen de los tiempos. De esta manera, se llevará a efecto el último «Considerando» del Preámbulo de la Declaración que he querido comentar aquí:

Considerando que los pueblos de las Naciones Unidas han reafirmado en la Carta su fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona y en la igualdad de derechos de hombres y mujeres, y se han declarado resueltos a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida *dentro de un concepto más amplio de la libertad*.

Este concepto más amplio de la libertad, que supieron ver de forma tan clarividente quienes redactaron la Declaración en medio de la terrible zozobra propia de los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, está ahora a nuestro alcance. Desatemos serenamente, valientemente, tantas ataduras y desamordacemos tantas voces contenidas. Las previsiones de la Declaración Universal no tardarán en cumplirse. Aconsejo a todos que las lean. Especialmente a los políticos y a los parlamentarios. Y, más especialmente todavía, a quienes tantas veces citan los Derechos Humanos pero se adivina que no han leído la Declaración. O que no lo han hecho detenidamente.





CATÁSTOFRES NATURALES O PROVOCADAS: UN NUEVO CONCEPTO DE SEGURIDAD

Hoy, los efectos del cambio climático, el deshielo, los gases con efecto invernadero y, en particular, el anhídrido carbónico, pueden formar parte de los temas que abordaría un Consejo de Seguridad con un ámbito de competencias ampliado. Las cuestiones que requiriesen fuerzas armadas se confiarían a los Cascos Azules, y, siguiendo la propuesta de Nicole Guedj, debería favorecerse la constitución de los Cascos Rojos como fuerza supranacional exclusivamente humanitaria y cuyas principales misiones serían: anticipar; recopilar informaciones técnicas, cartográficas, meteorológicas, sociales; identificar necesidades relacionadas con todo tipo de crisis; estar provistos de equipos con medios logísticos —como hospitales móviles, telecomunicaciones, bombeo y depuración del agua, etc.— distribuidos en todos los continentes para poder llegar de manera rápida al lugar de la catástrofe. En el año 2005 se constituyó en España la UME (Unidad Militar de Emergencia), que ya ha demostrado su capacidad de acción (incendios, etc.).

A la ineficacia e incapacidad de reacción demostrada en el socorro y rehabilitación en casos de terremotos, inundaciones, etc., se añadió recientemente la «marea negra» causada por el vertido de grandes cantidades de petróleo debido a la imperdonable codicia de una empresa de extracción a gran profundidad que no disponía de los recursos para garantizar las eventuales averías. Se pretendió, indebidamente, que el Presidente Obama asumiera culpas que sólo corres-





ponden a la petrolera británica. Un vertido de esta naturaleza no es un huracán. El huracán es inevitable, y fue una vergüenza la pasividad e incapacidad que mostró la Administración más poderosa de la tierra a la hora de acudir en ayuda de los afectados por las inundaciones a consecuencia del huracán Katrina.

A principios de la década de los noventa del pasado siglo pusimos en marcha el GOOS (Sistema Global de Observatorios de los Océanos) a fin de poder advertir con alguna anticipación los *tsunamis* y denunciar a los transportistas de petróleo que lavan en alta mar los fondos de los tanques en lugar de utilizar las instalaciones portuarias apropiadas. Éstos producen una monocapa de productos residuales de baja densidad que asfixia el fitoplancton, esencial para la recaptura del CO₂, en una superficie muy amplia alrededor del barco. Debido a la total impunidad con la que actúan los grandes consorcios internacionales al no existir unas Naciones Unidas fuertes que detenten la autoridad que a todos beneficiaría, los petroleros de muchos países —¡pero con los mismos dos o tres «pabellones»!— siguen contaminando el mar, y los transgresores, al igual que los traficantes de armas, drogas o personas, evaden sus responsabilidades en los paraísos fiscales y no pueden ser apresados y conducidos, como debería suceder, ante los Tribunales competentes.

El fracaso de quienes han pretendido sustituir el multilateralismo —guiado por los Derechos Humanos y los principios democráticos— por el gobierno de unos pocos orientado por el mercado ha sido estruendoso. Pero pretenden seguir igual, imponiendo una economía de especulación y de guerra valiéndose de un poder mediático inmenso y de unas instituciones «evaluadoras» que no supieron alertar cuando las «burbujas» y que ahora alarman en favor de los grandes mercaderes.

Las mismas recetas... sin que les importe el sufrimiento, los desgarros sociales, el miedo que atemoriza a tantos y tantos seres humanos en todo el planeta. Mercado, mercado y política exterior y de defensa como siempre, porque unos





pocos están para mandar y el resto para obedecer.

Después de las grandes guerras, siempre hubo ideales, siempre hubo utopías y esperanzas de iluminar los caminos del mañana con la paz, con la igual dignidad humana, con la convivencia armoniosa. Porque unos valores indiscutibles — justicia, libertad, fraternidad— movilizaban y daban sentido a la vida de muchos ciudadanos.

La gran diferencia con la situación actual es el vacío espiritual, intelectual, anímico, que rinde y paraliza a mucha gente, pues se ha pretendido —y en buena medida conseguido— que todo el espacio se llene de entretenimiento, de bienes materiales, de pasatiempos... de personas dóciles y resignadas que permiten que su vida discurra a golpe de acontecimientos supranacionales que se presentan como inexorables.

¿Hasta cuándo seguirá la mayoría de la población mundial dejando, impasible, que las cosas sucedan «como siempre»? Creo que ya no será por mucho tiempo. Porque la nueva tecnología de la comunicación permite la progresiva participación de la gente, hoy espectadora, la cual empezará a formar la red global que fortalecerá, tanto a escala mundial como local, la democracia genuina, la transición desde una cultura de imposición, violencia y guerra, a una cultura de diálogo, conciliación y paz; desde una estrategia de seguridad exclusivamente territorial a la de una seguridad alimenticia, sanitaria, frente a las catástrofes; desde una economía de mercado a una economía global sostenible...

Lo ha dicho el Presidente Obama, quien, a pesar de los gigantescos obstáculos que se le oponen, no cesa de progresar en sus propuestas de desarme nuclear, de una nueva estrategia militar para abandonar «la guerra preventiva», de hacer prevalecer la acción diplomática. «Es preciso un nuevo comienzo». Las catástrofes naturales están creando la conciencia global que puede acelerar e impulsar un concepto más amplio de seguridad.





INMENSO PODER MEDIÁTICO. REACCIONAR SIN DEMORA

Después (o además) del poder militar, político, económico, tecnológico, etc., destaca ahora, omnímodo, omnipresente, el poder mediático. «Pase lo que pase, pasará lo que nosotros queremos que pase», piensan ciertos magnates de los medios de comunicación. Por la voz, la letra, la imagen... la mayoría de los ciudadanos reciben las noticias cuidadosamente seleccionadas o amañadas previamente. En algunos países, autoridades muy importantes del gobierno —Primer Ministro incluido— o de la oposición están relacionadas con grandes consorcios que abarcan prensa, radio y televisión. Es cierto que en algunos casos existe libertad de expresión y discrepancia, pero les queda poca «cancha».

Determinados deportes y deportistas, actrices y actores —muchos de ellos en manos de sus «apoderados»—, ocupan exagerados espacios en las antenas, pantallas o periódicos, originando pertenencias incluso fanáticas, como las que se sienten por ciertos clubes que llegan a convertirse —con independencia de la calidad de los jugadores y de los éxitos que alcanzan— en la motivación central no sólo del esparcimiento, sino de la vida misma de muchas personas.

Noticias de hondo calado que podrían hacernos reflexionar y adoptar nuestras propias decisiones y actitudes (en esto consiste la educación) se ocultan, desdibujan o disfrazan. Las reuniones del G-8 y el G-20 (un grupo de plutócratas que intenta gobernar el mundo) inundan páginas y páginas, mientras que las propuestas de reforma





de las Naciones Unidas en su conjunto o de sus instituciones financieras (conducidas por el propio Presidente de la Asamblea General y con la participación de Premios Nobel de Economía) acaparan solamente unos párrafos. Lo mismo sucede con las conferencias de gran relieve mundial, como la recientemente celebrada en la UNESCO sobre Enseñanza Superior en el mundo (¡ni una línea!), o como cuando se aborda lo que para mí constituye —y por eso lo reitero— el mayor problema de conciencia: la pobreza extrema y el hambre que causan la muerte todos los días, en un genocidio horrendo, de más de 70.000 personas, al tiempo que invertimos en armas inútiles más de 3.300 millones de euros. Este hecho debería movilizar a millones de ciudadanos de todo el orbe, pero el poder mediático quiere que estas situaciones éticamente inadmisibles sigan desapercibidas y que, una vez ellos hayan sido «rescatados» financieramente, todo siga igual.

Es decir, todos mirando hacia otro lado. Todos afanados en «sus cosas». Todos cómplices y guardando silencio. Incluso cuando podríamos aplaudir los fondos anunciados por el Presidente del Gobierno en momentos de crisis para paliar la pobreza, silencio. Si no se reacciona y moviliza la solidaridad por tantos miles de muertos de hambre al día, ¿qué movilizará a la gente, sobre todo a la juventud de hoy?

Gervasio Sánchez no se expresa únicamente con palabras valientes y de gran profundidad, también lo hace con fotografías que conmueven. ¿Cuál es el eco? Poquísimo. Los movimientos de solidaridad podrían encender las luces del despegue hacia un futuro de inclusión, de concordia, de entendimiento. Pero si las «vidas minadas» no consiguen activar nuestros sentimientos, ni tampoco lo logran quienes mueren de inanición y desamparo, seguiremos en el mundo de la simulación, de millones y millones de vidas distraídas que actúan al dictado de lejanas instancias de poder mediático. Los jóvenes, estoy seguro, no tardarán en reaccionar y convertirse en los arietes de la resistencia primero y de la resuelta acción después. Varias obras literarias





recientes les han puesto sobre aviso para que conozcan la realidad que subyace, el trasmundo, lo que hay más allá de los fuegos de artificio.

«Poderoso caballero es don dinero». Varios diarios españoles —algunos de ellos periódicos de altos vuelos— pierden su dignidad y contradicen estrepitosamente los «valores» que defienden, empezando por la dignidad de la mujer, con unos anuncios rastreros, con dibujos y textos que pueden ser gravemente peligrosos para el comportamiento de niños y adolescentes. Se culpa, como casi siempre, a la escuela, a los educadores... sin darse cuenta de que son los propios medios de expresión los que inciden tan negativamente en los jóvenes. Lo mismo sucede con la publicidad de algunas marcas, sobre todo extranjeras, que rozan, además del mal gusto, las fronteras de lo tolerable. Y... seguimos de espectadores. Bastaría con que una asociación de ONGs recomendara que se dejasen de adquirir publicaciones que contengan en sus páginas centrales estas secciones repugnantes, o artículos de firmas que se promocionan de forma tan impúdica como ridícula.

Algunos periodistas se someten. Otros, no. Hace bien poco algunos de éstos pusieron de manifiesto que la «comparecencia» ante los medios de una autoridad autonómica había sido en realidad previamente grabada. Y, como ya es costumbre inadmisibles, sin preguntas ni respuestas. Periodistas, no. Comunicados «disfrazados» de normalidad informativa, sí, pues no hubo rueda de prensa, esquivando así el encuentro con los profesionales de la información. Algunos lo denunciaron con firmeza. Más pronto que tarde, estén seguros, resplandecerá la verdad. Tengo el convencimiento —por haber defendido durante tantos años desde la UNESCO la libertad de expresión y el derecho a una información veraz— de que la era de los ciudadanos-receptores-testigos está llegando a su fin.

Quien controla la información, controla en buena medida la conducta cotidiana, ocio incluido, de la gente. Controla la vida. La «videocracia», la democracia a través de la





imagen, impone a los televidentes sus puntos de vista; los imponen a los espectadores silenciosos, indiferentes, que no se aperciben de que nunca deberían abandonar su única fuerza: ser ellos mismos.

Ha llegado el momento de reaccionar, de la insumisión, de iniciar el gran cambio hacia la transparencia, hacia el conocimiento profundo de la realidad (premisa para poder transformarla).

Ha llegado el momento de implicarnos, de adherirnos a los Foros y Servicios que faciliten la movilización de los ciudadanos. Podríamos hallarnos en el umbral de una nueva época en la que la gente estaría por fin en el escenario a través de sus representantes democráticos, pues éstos habrían sido elegidos con total libertad y responsabilidad.

No nos dejemos engañar más. Digamos «no» a quienes promueven los «nuevos cultos» con ceremonias que atraen a gran número de «fieles» como resultado, por un lado, de una gran publicidad y, por el otro, del «vacío» informativo y conceptual que con tanta habilidad han instaurado. Los jóvenes sobre todo deben ser libres y no actuar al dictado de nadie, ni ir de momento con los pelos hacia arriba, con gomina, o con pantalones caídos sobre el empuje, o con tatuajes, más que en la medida en que corresponda a su propia iniciativa. Que distingan entre cuanto llega desde las lejanas instancias del poder mediático, con pingües beneficios, para uniformar y gregarizar a la ciudadanía en general y —lo que es más peligroso— a los jóvenes en particular. Gracias a la nueva tecnología de la comunicación, ahora podemos actuar con participación no presencial. Podemos expresarnos. Debemos expresarnos. Debemos mantenernos con firmeza frente a esta nueva forma de sometimiento y exclusión. Tenemos la obligación de dejar como legado a todos los que llegan a un paso de nosotros un mundo transparente y libre.

Debemos decirles, como en la canción de la película *Once* (Una vez), que obtuvo el Óscar a la Mejor Canción en 2008: «Eleva tu voz de esperanza/ ha llegado tu oportunidad».





DE SÚBDITOS A CIUDADANOS, LA GRAN TRANSICIÓN

La solución a los gravísimos desafíos a los que nos enfrentamos es más democracia, mejor democracia. Y ello exige participación activa y conocimiento profundo de la realidad, los cuales se dan especialmente en los «educados», es decir, en quienes actúan en virtud de sus propias reflexiones y nunca al dictado de nadie. El Artículo Primero de la Constitución de la UNESCO establece que el resultado del proceso educativo deben ser personas «libres y responsables». Educación para todos a lo largo de toda la vida. Para todos, no para unos cuantos. Y «para todos» es muy peligroso, pues los educados no permanecerán impasibles, resignados, sometidos. No serán espectadores, sino actores. No receptores adormecidos, distraídos, atemorizados, sino emisores. No permanecerán silenciosos ni silenciados. Expresarán, con firmeza y perseverancia, pero pacíficamente, sus puntos de vista.

Con ciudadanos educados ya no habrá dogmatismo, extremismo, fanatismo, ya nada será «indiscutible» ni se obedecerá de forma inexorable. La educación vence la apatía, induce a la acción.

Sí, la educación es la solución. No hay democracia genuina si no se participa, si los gobernantes y parlamentarios no son, en verdad, la «voz del pueblo». Para movilizarse, para implicarse, para involucrarse es imprescindible tener tiempo para reflexionar. Es esencial «escuchar» el mundo. Observarlo, que es mucho más que verlo y que mirarlo. Es esencial tener esta visión planetaria, esta conciencia del





conjunto de la Humanidad, que es lo que nos permitirá reaccionar sin esperar a *tsunamis* que nos emocionen, que nos pongan en marcha.

Los poderosos, que han ahuyentado desde siempre a los ciudadanos que, con mayor atrevimiento, ocupaban el estrado, no contaban con la «revolución virtual». La capacidad de participación no presencial (por telefonía móvil, SMS, Internet, etc.) modificará los actuales procedimientos de consulta y elecciones. En síntesis, la democracia.

La decepción ciudadana tras ver la incapacidad de los Estados para llevar a la práctica unos Objetivos del Milenio ya de por sí muy menguados, o para hacer frente, más recientemente, a las responsabilidades globales que supone el cambio climático, ha ido acompañada de la perplejidad e indignación que ha producido el «rescate» de las corporaciones financieras, responsables en buena medida de la grave situación que encaramos.

¿Y la gente? ¿Cuándo se «rescatará» a la gente? Es indispensable un multilateralismo eficiente, con instituciones internacionales dotadas de los medios de toda índole que requieran para el ejercicio de su misión. Así, se terminaría con los tráfico y las mafias que hoy disfrutaban de mayor impunidad gracias a los paraísos fiscales, que deberían ser clausurados de inmediato y sin contemplaciones. Es indispensable que existan unas Naciones Unidas que favorezcan la rápida interposición de los Cascos Azules cuando tengan lugar violaciones masivas de los Derechos Humanos al amparo de la «soberanía nacional»; y su acción rápida y coordinada para reducir el impacto de las grandes catástrofes naturales (huracanes, ciclones, inundaciones, incendios, terremotos...) o provocadas. Es indispensable la transición de una economía especulativa, virtual y de guerra, a una economía de desarrollo global sostenible que amplíe progresivamente el número de personas que accedan a los servicios y bienes.

El porvenir está por hacer. El futuro debe inventarse venciendo la inercia de quienes se obstinan en querer





resolver los problemas de mañana con las recetas de ayer. Muchas cosas deben conservarse. Pero otras deben cambiarse. Y hay que atreverse.

¡Ahora es el momento de la sociedad civil! De la fuerza a la palabra, al encuentro, a la conciliación. De súbditos a ciudadanos, la gran transición.





¿EL MUNDO TIENE ARREGLO?

- 1) Si se consolida la democracia y los políticos llevan las riendas en lugar de ceder a la presión de las instituciones financieras, sustituyendo una economía basada en la especulación por otra basada en el conocimiento.
- 2) Si se disminuyen las inversiones en armas y gastos militares y se destinan más fondos al desarrollo global sostenible, aumentando considerablemente el número de personas que se beneficien del progreso.
- 3) Si se acaba enérgicamente con los paraísos fiscales y se ponen en práctica, de una vez, los mecanismos de financiación alternativos como las tasas sobre transacciones electrónicas.
- 4) Si se acaba, también de una vez, con los grupúsculos plutocráticos del G-7, G-8, G-20... impuestos por los «globalizadores», y las Naciones Unidas se refuerzan y se dotan de los medios para cumplir sus misiones de seguridad territorial a escala mundial; para hacer respetar el Derecho Internacional; para incluir a la Organización Mundial del Comercio y hacer que el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional cumplan sus misiones fundacionales; para interponer rápidamente los Cascos Azules en vez de ser testigos impasibles de genocidios y violaciones masivas de los Derechos Humanos; para coordinar las acciones de los Cascos Rojos, especialmente preparados para reducir el impacto de catástrofes naturales o provocadas.





- 5) Si de la noche a la mañana se adopta la decisión de que las drogas no valen nada y se hace que estén disponibles a precios módicos en todas partes, como sucede con el alcohol y el tabaco. Esta «legalización» iría acompañada, como procede, de una campaña de disuasión difundida en todos los medios de comunicación, docentes, etc., y del tratamiento clínico de los adictos para su recuperación.
- 6) Si los ciudadanos del todo el mundo, conscientes del poder que les confiere la participación no presencial, deciden dejar de ser receptores resignados y pasan a la acción.

El mundo tiene arreglo. Pero no será el G-20 de la «solución Bush» el que resolverá los problemas del mundo. Ni «rescatando» a banqueros irresponsables con dinero público. Ni deslocalizando la producción por «codicia añadida». Ni invirtiendo miles de millones en artefactos de defensa y seguridad propios de confrontaciones pretéritas. Ni permitiendo que el mercado siga prevaleciendo sobre la justicia social. Ni permitiendo el bochorno de los paraísos fiscales. Ni manteniendo a la gente distraída y obcecada en los nuevos circos reales y virtuales del siglo XXI. Ni con fórmulas de ayer se resolverán los retos de hoy y de mañana.

Será con imaginación. Será inventando el futuro.

Será aplicando soluciones preconizadas por gente fiable: «En los momentos de crisis, sólo la imaginación es más importante que el conocimiento» (Albert Einstein). Y otra: «Todo cambio es posible... Ningún desafío se halla fuera del alcance de la creatividad humana» (John F. Kennedy).

José Monleón, en su excelente ensayo *Crisis, cultura y democracia*, cita a Amin Maalouf cuando escribe: «La Humanidad está haciendo frente a peligros previamente desconocidos que requieren soluciones globales previamente desconocidas».

El por-venir —me gusta repetirlo— está por-hacer. Un mundo nuevo a la altura de la dignidad humana podría, por fin, construirse en los albores del siglo XXI.





¡LA INCONTENIBLE MAREA DEL CIBERESPACIO HA COMENZADO!

La movilización popular se ha iniciado.

Los que siguen especulando en los estertores de la «globalización», los de Davos... están, en general, fuera de la nueva realidad: los ciudadanos empiezan a expresarse a través de la moderna tecnología de la comunicación. El tiempo de la resignación y del silencio ha concluido.

No han sabido escuchar: hace años que vengo repitiendo, con muchos otros, que la participación no presencial a través de la telefonía móvil y de Internet representaba un hecho histórico que ampliaba sobremanera la capacidad «democrática» de la ciudadanía, ceñida hasta entonces, en el mejor de los casos, a la votación en las urnas. Pero —añadía— una democracia genuina no consiste sólo en ser contado en las elecciones, sino en contar, en ser tenido en cuenta permanentemente. ¡La voz del pueblo! «¡Nosotros, los pueblos!», como lúcidamente proclama la Carta de las Naciones Unidas.

Unas Naciones Unidas que han sido postergadas, por cierto, a ser una agencia humanitaria internacional y un refugio institucional de conveniencia, confiriendo el poder a los grupos integrados por los países más ricos (G-6, G-7, G-8... G-20). Desde que, mediada la década de los 80, el mercado sustituyó a los valores (justicia social, equidad, solidaridad, etc.), y la plutocracia a la «democracia» que representaban las Naciones Unidas, estaba claro que las asimetrías se agrandarían, que se deslocalizaría la producción,





que los paraísos fiscales rebosarían en lugar de desaparecer de una vez por todas, que los tráficos a escala supranacional (drogas, armas, personas...) no tendrían castigo, que los flujos financieros no se regularían...

Pero en vano.

En muchos países —¡hasta en Irán!— se empezó a ver la capacidad movilizadora del ciberespacio. Ahora se extiende por el Magreb. Ojalá sea pacífica y no se reprima violentamente, lo cual debería haber sido previsto.

Y, sobre todo, que se adopten rápidas medidas por parte de los grandes responsables de la situación actual, particularmente por el «gran dominio» (energético, militar, económico, mediático). Cuando se desmoronó el Muro de Berlín y, con él, por la magia de Mikhaíl Gorbachov, el imperio soviético, advertí que si no se enderezaban rápidamente las tendencias pasaría lo mismo, en pocos años, con el imperio «occidental»: «Se ha hundido un sistema que, basado en la igualdad, se olvidó de la libertad. Ahora, si no cambia radicalmente, se hundirá un sistema que, basado en la libertad, se ha olvidado de la igualdad. Y de la justicia».

Los explotados, los frustrados, los pobres y empobrecidos, los humillados pueden ahora hacerse oír y «ver». Hasta hace poco el ámbito era local y las causas de las protestas eran también «locales». Ahora son causas mundiales y el acoso intolerable de los mercados sobre la acción política se ha generalizado.

¡Qué fácil resulta hoy comprobar que los mismos que han provocado esta situación acosan ahora a los líderes de los países afectados por la «marea»! Será mejor que vayan tomando inmediatas decisiones correctoras, porque la movilización ciudadana ya no se detendrá.

Nos acallaron pensando que nuestra voz era a-utópica, irrelevante, molesta pero modesta... en lugar de darse cuenta de que se trataba de un proceso de movilización progresiva a todas las escalas.

Recuerdo cuando, hace ya muchos años, nos llamaban «buenones» a quienes, desde posiciones de responsabilidad





mundial, preconizábamos la rápida reforma de las Naciones Unidas para que el papel de la ciudadanía que el Sistema de Naciones Unidas representa y promueve, y que está inspirado en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, se convirtiera en realidad.

No miren ahora hacia otro lado. Más vale prevenir que remediar. Aceleren el cambio. Se producirá de todas maneras. Piensen en la incontenible marea...





DELITO DE SILENCIO

*Ola a ola.
El mar lo sabe todo.
Pero olvida.
Mario Benedetti*

En Salobreña, al atardecer de agosto de 1994, escribí frente al mar:

Delito
de silencio.
Tenemos que convertirnos
en la voz
de la gente
silenciada.
En la voz
que denuncia,
que proclama
que el hombre
no está en venta,
que no forma parte
del mercado.
En la voz
que llegue fuerte y alto
a todos los rincones
de la tierra.





Que nadie
que sepa hablar
siga callado.
Que todos los que puedan
se unan
a este grito.

Silencio de los silenciados, de los amordazados. Silencio de la ignorancia. Terrible silencio. Pero más terrible, hasta ser delito, el silencio culpable de los silenciosos. De quienes pudiendo hablar, callan. De quienes sabiendo y debiendo hablar, no lo hacen.

Demos la voz. A nuestra propia conciencia, en primer término. Pero, inmediatamente, tenemos el deber de ser la voz de los sin voz. Les debemos la voz: «La voz a ti debida», como en la égloga de Garcilaso, como en el libro de Salinas. La voz debida, sobre todo, a quienes llegan a un paso de nosotros, a las generaciones venideras.

Sin cesar. Sin cejar. Sin distraernos ni cansarnos. Sin dejarnos conducir por la(s) pantalla(s), espectadores pasivos. Es un deber hablar. No hacerlo es, puede ser, grave insolidaridad, trasgresión moral, delito. «Cuando el hombre cansado / para, / traiciona al mundo, porque ceja / en el deber supremo, que es seguir».

Volver a intentarlo. Volver sin detenerse, sin pausa, porque —sigue escribiendo Salinas— «Nos llenará la vida / ese puro volar sin hora quieta».

Voz vigía. Voz que alerte y corrija. Voz que oriente. «La voz debe anteceder al hecho, / prevenirlo. / Después, no sirve para nada. / Es sólo aire estremecido» (verso sobre Camboya, 8 de abril de 1979).

La anticipación, la gran victoria. El siglo XXI ha de ser el siglo del pueblo, de la palabra, de la gente. No más la fuerza, la imposición de los pocos sobre los muchos. No más la espada ni la mano alzada. Manos tendidas, manos unidas. Y la voz. A contraviento. Valientemente. Como Quevedo: «No he de callar por más que con el dedo / silencio avise o amenace miedo».





La voz debida, compartida. Voz que libera a medida que se pronuncia. Voz que puede ser asidero, cura.

José Ángel Valente, en su poema «Sobre el tiempo presente», nos advierte:

Escribo desde un naufragio.

[...]

Escribo sobre el tiempo presente.

Escribo [...] sobre lo que hemos destruido,
sobre todo en nosotros.

[...]

Escribo desde la noche,

desde la infinita progresión de la sombra [...],

desde el clamor del hombre y del trasmundo,

[...]

desde el genocidio,

desde los niños infinitamente muertos [...].

Pero escribo también desde la vida,

desde su grito poderoso.

Como Garcilaso, «que tanto callar ya no podía», alcemos nuestra voz. Voz debida, voz de vida. Delito de silencio. «Y que se oiga la voz de todos, / solemnemente y clara». Es el mensaje de Miquel Martí i Pol. ¡De todos! Clamor popular para que un día no vuelvan hacia atrás su mirada nuestros descendientes y piensen: «Podían y no se atrevieron. Esperábamos su voz, y no llegó».

El mar puede guardar silencio.

Nosotros, no.







ÍNDICE

Introducción	7
¡Basta!.....	9
Releyendo la Declaración Universal de los Derechos Humanos.....	11
Catástrofes naturales o provocadas: un nuevo concepto de seguridad	16
Inmenso poder mediático. Reaccionar sin demora.....	19
De súbditos a ciudadanos, la gran transición	23
¿El mundo tiene arreglo?	26
¡La incontenible marea del ciberespacio ha comenzado!.....	28
Delito de silencio.....	31



